

**M**AS de cuatro millones de huelguistas en Europa Occidental, cerca de ocho en los Estados Unidos, y todavía no se ha tocado fondo. Mientras que los medios patronales y gubernativos creen, o fingen creer, en una próxima reactivación —dentro de seis meses o un año todo lo más— de la economía, los expertos, a ambos lados del Atlántico, reconocen hoy que el mundo capitalista ha entrado en un período depresivo de largo alcance.

La expansión casi ininterrumpida de los últimos veinticinco o treinta años ha llegado a su fin, como todas las que la precedieron (1848, 1873, 1895, 1913). Su intensidad sin precedentes había hecho pensar a muchos que el capitalismo había descubierto por fin el secreto de la prosperidad sin límites y que una crisis como la de los años treinta no volvería nunca a producirse. Craso error: «En todos los países de la Comunidad Europea —observa la revista «30 Jours d'Europe»—, los índices de paro se aproximan, e incluso superan (en Dinamarca), a los nada envidiables records establecidos durante la gran depresión de los años treinta».

Los americanos, por su parte, han comenzado ya a apretarse el cinturón, en el sentido estricto de la expresión: han reducido sus compras de carne al nivel de hace treinta años. El consumo norteamericano de cereales forrajeros ha descendido de modo correspondiente en 29 millones de toneladas en relación con el nivel del año pasado. El índice de paro en los Estados Unidos (de un 8,2 por 100) equivale al de 1941, y los consejeros económicos de la Casa Blanca prevén que se supere la cifra del 9 por ciento antes del verano. La producción total de los Estados Unidos ha sufrido un descenso del 5,3 por 100 en dos meses. Esta caída no podrá ser frenada antes de la primavera. Podría producirse una ligera recuperación de aquí a un año; sin embargo, ninguna medida gubernamental, ni siquiera la inyección, en 1976, de 70.000 millones de dólares de déficit presupuestario logrará reducir a menos del 7,5 por 100 el índice de paro.

## Bajan los pedidos

La brutal depresión de la economía norteamericana afecta de modo considerable a Alemania, a partir de la cual se propaga al resto de Europa. Todos los sectores industriales de Alemania, con excepción de la industria naval y el del papel cartón, padecen una fuerte recesión. El Instituto de la Coyuntura, de Munich, prevé un próximo agotamiento del plan de reactivación económica del canciller Schmidt; igualmente pronostica que la economía alemana registrará en 1975 un nivel de crecimiento cero, mientras que el crecimiento de la industria será negativo.

Francia se verá igualmente absorbida (como los Países Bajos, Bélgica y Dinamarca) por la espiral descendente: las exportaciones francesas, que debían constituir el principal apoyo de la actividad, están estancadas desde hace siete meses.

Si se exceptúa la maquinaria pesada, toda la industria francesa sufre la recesión: los pedidos han descendido un 25 por 100 en el sector del automóvil, entre un 25 y un 30 por 100 en el sector siderúrgico y de los plásticos, y un 36 por

cento en cierta medida en Alemania, cuando la militarización de la industria y la sociedad hubo instaurado en ese país la economía de guerra como antesala al conflicto que se preparaba.

Es cierto que los Gobiernos manipulan la economía en 1975 más sabiamente que en 1935. Pero sin mencionar siquiera los errores de toda índole cometidos por los economistas norteamericanos (entre otros) desde hace seis años, las armas anticíclicas han perdido ya gran parte de su eficacia: la me-

dicina keynesiana, consistente en la creación de moneda ha retrasado la crisis durante cuatro años, pero resulta ahora impotente para ponerle fin.

A los huelguistas de todos los países que, siguiendo el ejemplo de las decenas de millares de obreros americanos, marchasen sobre las capitales de sus respectivos países para solicitar de sus Gobiernos que pusiesen fin a la recesión y restableciesen el pleno empleo, todos los Gobiernos, si fuesen francos, deberían responder: «Nos costaría muchísimo, pero somos incapaces. Los mecanismos del sistema económico ya no responden a los impulsos del Estado».

Esto es algo que los alemanes han comenzado a experimentar por sí mismos después de los norteamericanos y los británicos. Por más que el Gobierno de Bonn prometa a los industriales que está decidido a subvencionar (en un 7 por ciento) sus inversiones, éstos no se sienten en absoluto animados a hacerlo. Esta falta de «propensión a invertir», que se registra en casi todos los países capitalistas, no tiene nada que ver ni con la «confianza de los inversores» ni con la psicología de los jefes de empresa, sino que tiene una causa mucho más prosaica y sólida: los índices de beneficio han descendido a un nivel tan bajo, que las inversiones de crecimiento pierden todo interés.

Las únicas inversiones que siguen siendo rentables a ojos de los industriales son las de racionalización, que suprimen más empleos de los que crean. Las cifras

alemanas tienen en relación con esto un valor ejemplar: invirtiendo, entre 1955 y 1960, un total de cien mil millones de marcos alemanes, la industria alemana incrementó su capacidad de producción en un 50 por 100, y el número de puestos de trabajo, en dos millones. Entre 1960 y 1965, el mismo volumen de inversiones sólo creaba 400.000 puestos de trabajo. En 1965 y 1970, con unas inversiones equivalentes, se reducía en 100.000 el número de puestos de trabajo. Entre 1970 y 1975, un volumen de inversiones de 100.000 millones de marcos hizo que disminuyeran en medio millón el número de puestos disponibles.

Estas cifras remiten a una de las causas fundamentales de la recesión actual: los costes son demasiado elevados para que resulten rentables todos los capitales invertidos o en busca de empresas donde invertir. Y los costes se refieren principalmente a los siguientes capítulos:

— Los salarios, que han experimentado un auténtico «boom» a partir de 1968 en todo el mundo capitalista industrializado; pero también las transformaciones tecnológicas erigidas por la rebelión obrera contra el trabajo en cadena, las cadencias, el salario a destajo, la jerarquía militar en las fábricas, etcétera.

— Los costes de comercialización, es decir, el embalaje, el «styling», la publicidad, los cambios de moda, de modelo, de presentación, cosas todas cada vez más onerosas y, sin embargo, necesarias para vender en un mercado virtualmente saturado.

— La innovación, es decir, la «destrucción moral» de los productos antiguos por los nuevos, destrucción que permite aumentar y en muchos casos tan sólo mantener las ventas.

— Por último, el coste creciente de las infraestructuras a medida que las ciudades se extienden, el aire y el agua, saturados de desperdicios, deben ser sometidos a un proceso de descontaminación, y la mano de obra debe ser adaptada a las técnicas continuamente cambiantes mediante una escolarización más larga y operaciones de reciclaje.

## Resultados desastrosos

Todos estos factores explican el descenso del índice de beneficios y la creciente repugnancia de las grandes sociedades a invertir en las metrópolis capitalistas: es más interesante construir filiales en el Brasil, en Méjico, en Formosa, donde sigue habiendo abundante mano de obra barata y espacio por cotaminar.

Las políticas fiscales y presupuestarias de inspiración keynesia-

# EL FANTASMA DE LOS «AÑOS TREINTA»

ciento en el de la maquinaria agrícola, etcétera.

El Gobierno francés, que había venido prediciendo una tasa de crecimiento para 1975 del 4 por 100, habla ya de un 3 por 100, aunque a ojos de los expertos particulares, sigue pecando de optimista: un crecimiento del 1 por 100 del PNB, un crecimiento cero de la producción industrial y un descenso del 10 por ciento en el sector de la construcción y de un 6,5 por 100 de las inversiones (según «Eurofinance»), se aproxima más a la realidad.

## «Esperando a Godot»

El CNPF en Francia y los demócratas en los Estados Unidos, siguen fingiendo creer que una hábil política de relanzamiento podría invertir la tendencia, restablecer el pleno empleo y la expansión. Tal era también el «credo» de los Gobiernos norteamericanos durante los años treinta. Para soportar o hacer soportar los grandes períodos de depresión puede resultar hábil mantener la ilusión de una próxima reactivación, preparada, anunciada, esperada y pospuesta trimestre tras trimestre. En la «gran crisis» de los años treinta ocurrió algo parecido: no se produjo ningún «apocalipsis», sino que fue un período gris y miserable, una especie de «Esperando a Godot». No fue una postración constante de todas las economías, sino una serie de empujes abortados y seguidos de nuevas recaídas, ex-

WORK-IS WHAT-I  
WANT-AND-NOT-CHARITY  
WHO-WILL-HELP-ME-  
GET-A-JOB-7-YEARS-  
IN-DETROIT-NO-MONEY  
SENT-AWAY-FURNISH-  
BEST-OF-REFERENCES  
PHOTO: HANCOCK #59



La gran depresión de los años treinta fue un periodo gris y miserable, no un violento apocalipsis. Hoy, los índices de paro en todos los países de la Comunidad Económica Europea se aproximan peligrosamente a los de aquellos años.

na son incapaces en estas condiciones de reactivar el crecimiento de modo duradero. Sus presupuestos materiales han sido socavados por la sobreacumulación pasada de capitales. Las políticas keynesianas únicamente pueden impedir que la depresión y el paro alcancen proporciones catastróficas. Pero el volumen de moneda que es preciso inyectar para conseguir tal fin es cada vez mayor, y al final del camino —como lo demuestra la «estanflación» norteamericana— es la propia moneda la que resulta amenazada de desastre.

¿Qué soluciones quedan? ¿Bloquear o reducir los salarios con el fin de restablecer por ese medio unos índices de beneficio atractivos y generadores de inversiones nuevas? Es lo que intentan actualmente los social-demócratas alemanes. Es lo mismo que ya ensayaron antes que ellos, durante cuatro años, los americanos, con los desastrosos resultados que todos conocemos.

En realidad, los periodos de depresión sólo acaban cuando se cumplen una o varias de las condiciones siguientes:

- La conquista de nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas a bajo precio en países «nuevos».
- La destrucción masiva de capital por la guerra total y/o una revolución tecnológica capaz de imponer la reconstrucción del aparato de producción.
- La abolición del capitalismo y de la gran producción mercantil, lo que significa esencialmente que los medios de producción dejen de ser gobernados como capital para serlo en adelante como instrumentos que sirven para satisfacer las necesidades, individuales y colectivas, de los hombres. Incluida la necesidad (y el deseo) de trabajar con otros en realizaciones destinadas a todos. ■ MICHEL BOSQUET.

BUSQUE LE  
LOS TRES PIES  
AL LOBO



NO SEA  
VD.  
MUJER  
OBJETO



SU  
PRIMER  
HUEVO



ESTAS  
NUEVAS  
SECCIONES  
Y LAS  
DE SIEMPRE

esta semana en

## HERMANO LOBO

LA REVISTA  
DE HUMOR  
EN LA QUE CABE  
MAS  
DENTRO DE LO QUE CABE

